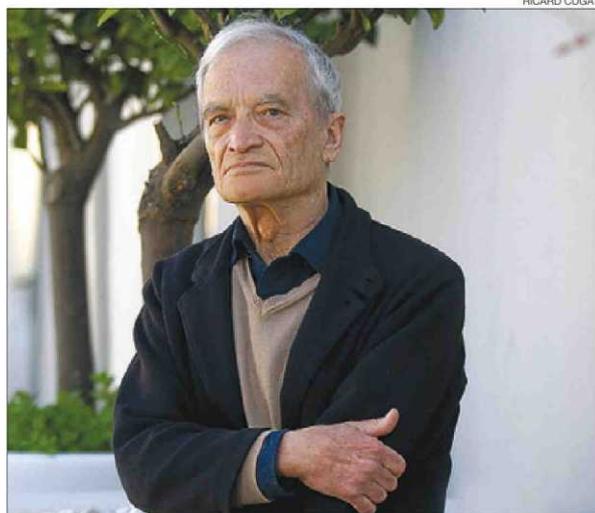




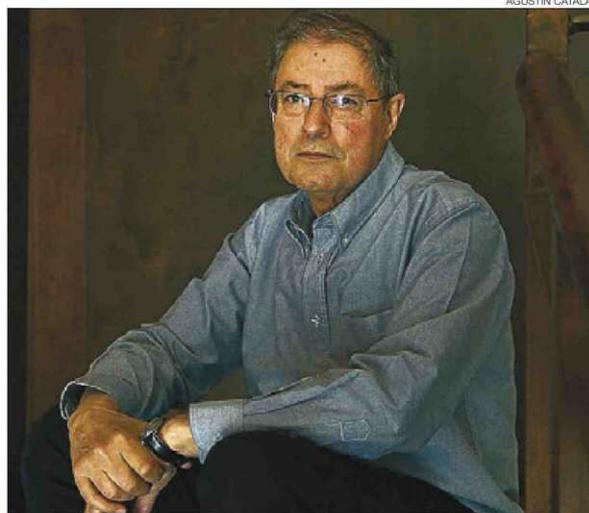
TRES LIBROS SOBRE EL FUTURO DE LAS LETRAS

La enésima crisis de la novela

Luis Goytisolo, Félix de Azúa y Terry Eagleton plantean obras sobre la decadencia de los géneros narrativos ≡ El autor de 'Antagonía' afirma que la literatura es hoy un artículo de lujo



RICARD CUGAT



AGUSTÍN CATALÁN

▶ El novelista Luis Goytisolo, último premio Anagrama de ensayo.

▶ El ensayista Félix de Azúa.

DOMINGO
Ródenas

La novela es un enfermo crónico que sale renovado tras cada nueva recaída. Desde las postrimerías del siglo XIX se viene decretando su declive, unas veces debido a una mutación que la hace irreconocible, otras junto al anuncio de su óbito inminente. Galenos cenizos y enteradores melancólicos han abundado, pero a su pesar la producción y consumo de novelas ha proseguido con indiferencia a los diagnósticos y duelos prematuros. Se dirá que no es así para la novela literaria, sino para la comercial o, más a

las claras, que no le va tan bien a la buena novela como a la mala, aunque en general esa distinción se dé como presupuesta y no se ponga en claro la diferencia. En su recién aparecida *Autobiografía de papel* (Mondadori), Félix de Azúa da por descontado que existen novelistas buenos y malos, y lo deleznable de estos reside en su falta de ambición (estética, se entiende), que los limita a manufacturar mercancías destinadas al mero entretenimiento, digno unas veces y otras no tanto. Los buenos son los que, considerando la novela como obra de arte, se obstinan en explorar el territorio minado del lenguaje procurando sortear los caminos trillados. Esa idea valdría para definir toda creación literaria, por ejemplo la del propio Azúa inven-

La novela exigente, y en retroceso, encierra una verdad artística que solo ella puede ofrecer

tándose un tipo de autobiografía sin cronología que se despliega en una prosa maravillosamente succulenta.

El último de los diagnósticos sobre la enfermedad lo trae Luis Goytisolo en *Naturaleza de la novela*, premio Anagrama de Ensayo de este año. El autor de *Antagonía* resuelve el libro como un paseo acelerado por la historia de la literatura occidental desde Homero y la Biblia para señalar con el dedo los distintos afluen-

tes que convergieron en la cristalización del género allá por el siglo XVI y que fueron modificándolo luego hasta la actualidad.

Mucho camino es ese para tan pocas páginas, pero lo que importa aquí es menos la andadura que el lugar adonde conduce el trayecto: la constatación de que la novela da sus últimas boqueadas, que su ciclo vital ha tocado a su fin. Los *e-books* le parecen al escritor una esperanza (más bien una moratoria), pero la cultura digital va a ir arrinconando ineluctablemente la lectura de libros –y por tanto de novelas literarias– hasta reducirla a una actividad de minorías. Irán retrocediendo a sus nichos tanto la novela bíblica (en la que los personajes están sujetos a un destino opresivo e inapelable) co-

mo la novela evangélica (en la que prevalece la voluntad de afirmación del protagonista), por decirlo en los términos de Goytisolo. No me parece un pronóstico agorero. Acierta Goytisolo al afirmar que ya ahora la literatura se ha convertido en algo prescindible, en un artículo de lujo, perfectamente accesorio, y cuyo consumo, por otro lado, suele requerir una formación (llamémosla humanística) que ha sido barrida de los planes de estudio en toda Europa. Sin alarmismo, es lo que hay.

Esa cosita llamada literatura

¿Y entonces, la literatura? La poesía, rebajada de la más alta expresión humana a efusión egocéntrica o letra de canción y confundida la novela como empresa estética y cognoscitiva con la manufactura narrativa trivial, hiposódica y sin médula, ¿dónde queda esa *crazy little thing called literature* (con permiso de Freddie Mercury)?, ¿a qué se llama hoy literatura? Según el teórico Terry Eagleton en *El acontecimiento de la literatura* (Península), a las obras que presentan una o varias de estas características: ser una obra de ficción, arrojar intuiciones significativas sobre la experiencia humana, hacer un uso artificioso y/o figurativo del lenguaje y carecer de utilidad práctica (aparte quedan los textos que recibimos como canónicos y cuyo valor no cuestionamos).

Quizá falte algún requisito, pero solo con estos podríamos hacer una aceptable criba que permitiera separar la escasa y proteica novela literaria de la copiosa y previsible narración de consumo, porque no todo es lo mismo. La novela exigente –y en retroceso– sigue encerrando un tipo de verdad artística que solo ella puede ofrecer, una representación compartida de la experiencia del mundo (Azúa), una verdad novelesca más certera que la científica, que no deja indemne al lector y que es irrefutable (Goytisolo). Es de necios dejar perder un legado como este. ≡